

Palabras del Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás*

Antonio Millán-Puelles y la búsqueda de la verdad

Con el fallecimiento de Millán-Puelles, hemos perdido a un pensador de cuerpo entero, como profesor¹, como académico², como escritor³. Su estilo ordenado, riguroso y lúcido lo acompañaba siempre, como un traje inconfundible. Parecía no tener prisa en los planteamientos; le interesaba ahondar, sin precipitaciones, y llegar por sus pasos, con fluidez de estilo y coherencia lógica, a conclusiones lúcidas y sólidas.

* Sesión del día 18 de octubre de 2005.

¹ Enseñó en aulas de bachillerato desde 1944 a 1951; en la Universidad Complutense desde 1951 hasta su jubilación. Fruto de esta actividad académica es su obra *Fundamentos de Filosofía*, Rialp, Madrid, 1959.

² Ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1961, con un discurso sobre «La función social de los saberes liberales», publicado posteriormente en Rialp, Madrid, 1961.

³ Además de numerosos artículos, escribió unas veinte obras, entre las que destacan *La formación de la personalidad humana* (Rialp, Madrid, 1963), *La estructura de la subjetividad* (Rialp, Madrid, 1967), *Teoría del objeto puro* (Rialp, Madrid, 1990); *La libre afirmación de nuestro ser. Fundamentación de la ética realista* (Rialp, Madrid, 1994), *El valor de la libertad* (Rialp, Madrid, 1995), *Ética y realismo* (Rialp, Madrid, 1996), *El interés por la verdad* (Rialp, Madrid, 1997), *Léxico filosófico* (Rialp, Madrid, 1984), *La lógica de los conceptos metafísicos, I. La lógica de los conceptos transcendentales* (Rialp, Madrid, 2000), *La lógica de los conceptos metafísicos, II. La articulación de los conceptos extracategoriales* (Rialp, Madrid, 2003).

Su característica básica fue su amor a la verdad y su manera de entender la filosofía como búsqueda de la verdad, al mejor modo socrático. Paso a paso, sosegadamente, sea cual fuere el tema tratado, lo que iba buscando siempre era el núcleo de las cuestiones, en definitiva la realidad, vista en una faceta u otra.

Millán estaba convencido de que la fuente de nuestro pensamiento es la realidad. Es una fuente inagotable; por eso la búsqueda nunca se aquieta, pero no es una búsqueda inútil, por tanto ilusa. Se busca y se halla, pero siempre en plan itinerante, como sucedía a Marcel, al que justamente se calificó como un «filósofo itinerante». Bien cabría decir lo mismo de Millán.

Por eso, como filósofo, era tolerante, aun siendo de natural batallador. No era permisivo, pero sí *tolerante*, porque buscaba la verdad en común. Reconocía los aciertos de los pensadores con los que dialogaba, pero no dudaba en rechazar las posiciones que no juzgaba aceptables. Le pasaba algo semejante a lo que él afirmaba de Antonio Truyol: que era amigo de algunos representantes del círculo orteguiano, pero no compartía el relativismo historicista del maestro. «*Amicus Plato, sed magis amica veritas*»

Por eso Millán no se dejaba nunca seducir por modas o tendencias pasajeras. Nunca podré olvidar la decepción de varios universitarios brasileños cuando, en un congreso celebrado hace ya unos años, se apresuraron a preguntar al P. Javier Tilliette por los «nuevos filósofos», jóvenes pensadores franceses entonces en el candelero. Y él les manifestó paladinamente que los temas que trataban y el método que seguían no le interesaban lo más mínimo; él seguía sus investigaciones sobre Schelling. Así era también Millán: no tenía ansia de estar al día, sino de ahondar en el secreto de las cosas. El *éthos de verdad* fue el signo distintivo de su actitud ante la vida.

Trató muchas cuestiones de interés vital cotidiano, pero siempre las estudió en sus últimas implicaciones. Recuerdo una de sus últimas intervenciones en la Academia, en una serie dedicada al tema del envejecimiento demográfico⁴. Analizó las posiciones al uso respecto a este problema, y fue poco a poco dejando al descubierto que, más allá de las causas que suelen aducirse, late la *verdadera* causa, que es algo tan fluido pero tan eficiente como *la actitud hedonista ante la vida*. Un problema de población implica cuestiones económicas de suma gravedad, pero, bien analizado, muestra que en él late un problema *ético* de gran voltaje.

⁴ Cf. *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* 51 (1999), pág. 183.

Esta actitud flexible e integradora le permitía a Millán ver muchos aspectos de la vida humana, no como *contradicciones*, sino como *contrastos*. Así afirma, por ejemplo, que el hombre es libre, pero dentro del cauce que le marca su modo de ser, es decir, su esencia; es creativo, pero ha de serlo con una actitud de fidelidad a su naturaleza y a la de las realidades que constituyen su «elemento vital»; es un ser histórico, pero tiene al mismo tiempo una naturaleza estable. «*El hombre tiene historia —escribe— en cuanto que su ser, aunque substancialmente permanente, tiene capacidad para el revestimiento de nuevas modalidades accidentales*»⁵.

Tales modalidades las adquiere mediante la libertad. «*La libertad del ser humano —afirma— constituye la apertura a un horizonte indefinido de posibilidades de ser. Este horizonte, considerado en su totalidad como el mundo posible del dinamismo propiamente humano, es el orbe específico de la historia*»⁶. Esta libertad —por amplia y decisiva que sea— no excluye antes incluye taxativamente la naturaleza en la que se halla inserta, como cualidad preeminente.

Su voluntad integradora explica también el constante interés de Millán por aquilatar el sentido de los términos de manera pausada. Se tomaba tiempo para sus análisis, pero no perdía el rumbo hacia la meta que se había propuesto. Ese *tempo* lento le dejaba huelgo para hacer excursus y ejercitar su andaluz sentido del humor y la ironía, que le llevaba a realizar sutiles juegos de palabras, siempre oportunos.

Este *êthos de verdad* se basaba en su convicción básica de que el hombre es capaz de trascender lo inmediato y encontrar la verdad, no de forma exhaustiva pero sí real y eficaz, pues «el espíritu, en su acepción más positiva, es el ente que vive de algún modo la infinitud del ser»⁷. Esta convicción dio lugar a todo un libro, de título sintomático: *El interés por la verdad*. En él escribe: «*En realidad, es vivo todo problema auténticamente vivido con la intensidad indispensable para plantearlo con rigor y para sentirse en la necesidad de buscarle la solución. Cualquier otra manera de entender las vivas inquietudes intelectuales o los problemas vivos es pura y simple retórica vitalista*»⁸.

La búsqueda de la verdad, para ser auténtica en sentido socrático, ha de implicar la voluntad firme de querer encontrar y aceptar lo encontrado. Si no se tiene confianza de encontrar la verdad o no se desea plegar la propia mente a las

⁵ Cf. *Ontología de la existencia histórica*, Rialp, Madrid, 1955, pág. 185.

⁶ Cf. *O. cit.*, pág. 195.

⁷ Cf. *La estructura de la subjetividad*, Rialp, Madrid, 1967, pág. 395.

⁸ Cf. *O. cit.*, Rialp, Madrid, 1997, pág. 280.

exigencias de la misma, se cae en la tentación de convertir la búsqueda en una meta. Se trata de una forma de «activismo» que Millán fustiga en su libro *Interés por la verdad*.

Esta decisión de aceptar la verdad hallada presenta una importancia singular en el campo de la Ética, en el cual analizamos las exigencias que la realidad plantea a nuestra conducta. Millán se adhiere en este punto al pensamiento expresado por Juan Pablo II en su penetrante estudio sobre el nexo de fe y razón: «*Es, pues, necesario —escribe el Papa— que los valores elegidos y que se persiguen en la propia vida sean verdaderos, porque solamente los valores verdaderos pueden perfeccionar a la persona realizando su naturaleza. El hombre encuentra esta verdad de los valores no encerrándose en sí mismo, sino abriéndose para acogerla incluso en las dimensiones que lo trascienden. Ésta es una condición necesaria para que cada hombre llegue a ser uno mismo y crezca como persona adulta y madura*»⁹.

Millán estaba persuadido de que la verdad lleva la inteligencia a plenitud, porque la llena de admiración ante la grandeza que muestra la realidad cuando se nos revela esplendorosamente. Ya sabemos que la verdad fue definida de antiguo como «el esplendor de la realidad». Por eso es una fuente de satisfacción para la inteligencia. La vida de la inteligencia, lo que los griegos llamaban «*theorein*», consiste en *mirar* la realidad y *admirar* lo que ella implica. Por eso la admiración («*thaumatsein*») fue considerada por Aristóteles como el principio de la sabiduría.

La admiración, así entendida, constituye el impulso de la búsqueda filosófica, como bien expuso Platón en su famosa *Carta séptima* (341 c,d). Tras negarse a facilitar a su amigo Dionisio, tirano de Siracusa, un resumen de su filosofía, nos dice que, si queremos saber de veras filosofía, debemos enfrascarnos en los problemas de la vida, y, cuando hallamos pasado meses meditándolos, un buen día, como por un relámpago, se nos iluminará la cuestión buscada. Esa luz es la filosofía.

«*En el origen del filosofar —escribe Millán Puelles— está el asombro, la irreprimible extrañeza ante algo que no negamos, pero cuya explicación desconocemos y nos es necesaria para poder hacerlo compatible con alguna evidencia previa. Lo que así nos extraña es algo que, por mucho que nos sorprenda, no dejamos, sin embargo, de admitir. Los griegos utilizaron la palabra θαυμάειν para significar un estado de ánimo radicalmente distinto de la incredulidad e irreductible, por consiguiente, a ella. Lo que nos asombra o extraña no es*

⁹ Cf. *Fides et ratio* núm. 25.

nada que rechacemos por juzgarlo imposible, sino algo que, pese al hecho de que no lo acabamos de entender, admitimos, no obstante, como cierto.

(...) El asombro supone la posibilidad de algo real más allá de los límites de nuestras evidencias inmediatas y de nuestras explicaciones. Sin duda, cuenta con ellas; de lo contrario, carecería de sentido, ya que éste requiere que no se juzgue imposible lo que las sobrepasa. Ni se trata, tampoco de ningún irracionalismo; antes bien, es algo fundamentado en la razonable aceptación de que el **logos** propio del hombre ha de tener unos límites no exclusivamente ocasionales, sino también esenciales¹⁰.

Esta búsqueda asombrada de la verdad no se reduce a tomar nota de lo que aparece ante nuestros ojos. Requiere movilizar la imaginación a fin de penetrar en todas las implicaciones de cuanto se nos manifiesta de forma inmediata. En la vida podemos realizar experiencias tan sugestivas que nos remiten mucho más allá de lo que son a primera vista. «Dondequiera que el hombre descubra una referencia a lo absoluto y a lo trascendente —escribe Juan Pablo II—, se le abre un resquicio de la dimensión metafísica de la realidad: en la verdad, en la belleza, en los valores morales, en las demás personas, en el ser mismo y en Dios. Un gran reto que tenemos al final de este milenio es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento»¹¹. Millán suscribe este pensamiento de Juan Pablo II y estudia la verdad en el arte, en la religión, en todas las manifestaciones de la vida humana que presentan un profundo valor simbólico. Basta leer entre líneas su *Léxico filosófico*¹² para ver el afán permanente de Millán de penetrar en cada realidad hasta sus últimas implicaciones, que culminan en el Creador.

De lo antedicho se desprende que Millán fue una figura de pensador netamente contrapuesta a los heraldos de no pocas corrientes contemporáneas, a veces muy exaltadas por ciertos medios configuradores de opinión pública. Todo cuanto signifique «pensamiento débil», «reduccionismo», «superficialidad», «pragmatismo utilitarista», «relativismo subjetivista», «ideologías manipuladoras»... no hallaba el menor eco en un pensador como Millán que supo, como pocos, vivir enraizado en las sólidas convicciones de la llamada «Filosofía perenne» y dialogar abiertamente con todas las manifestaciones fecundas de la cultura. Armonizar esta actitud abierta con una fidelidad básica a los referentes decisivos de la propia vida es privilegio de personalidades recias, como sin duda era la de nuestro compañero Antonio Millán Puelles, cuya presencia honró esta Academia durante 44 años.

¹⁰ *Thémata* 10 (1992), 561.

¹¹ Cf. *Fides et ratio* núm. 83.

¹² Cf. *O. cit.*, Rialp, Madrid, 1984.

Palabras del Excelentísimo Señor D. Dalmacio Negro Pavón

Don Antonio fue, casi desde el momento en que se dio a conocer, uno de los nombres indiscutibles de la filosofía española contemporánea. Ya en su temprana madurez, se le reconoció como un pensador de fuste y luego, a medida que fue prodigando su magisterio y su obra, de alcance universal. Es una de las figuras señeras de la historia de la filosofía hispana.

Don Antonio no era un especialista y es esta es una de las cosas que quisiera destacar. Por temperamento, era un auténtico filósofo, *rara avis* en estos tiempos. Puede parecer anecdótico, pero me parece significativo que, habiendo comenzado los estudios de Medicina para seguir la profesión de su padre, la lectura de las *Investigaciones lógicas* de Husserl le llevase a abandonar esta carrera y seguir la de Filosofía. Es muy revelador de su personalidad, que ese texto difícil y hondamente filosófico en el que su autor propone la vuelta a la realidad, a las cosas mismas, cambiase su trayectoria personal e intelectual. La Medicina estudia la naturaleza humana desde el punto de vista de la salud. Pero esta clase de estudios tan apegados a la realidad, le parecieron sin duda un horizonte limitado.

El andaluz Millán era un realista y decidió consagrarse al estudio de lo que es la realidad en sí misma. A decidir su vocación le ayudó ciertamente la fenomenología. En ella vio empero, quizá más que una filosofía, un método, moderno, acorde con el espíritu científico y conciliable con la gran tradición del realismo aristotélico-tomista que, por otra parte, permitía más que restaurar la tradición esco-

lástica en tanto realista, renovarla, darle un nuevo ímpetu. La realidad era el horizonte husserliano de don Antonio.

Con esta intención, apoyado en un gran saber, abordó desde la metafísica temas muy variados. Y, por cierto, con gran claridad: practicaba ejemplarmente lo que él mismo estudió en uno de sus libros titulado *La claridad en Filosofía*. Su especial aptitud para el pensamiento metafísico, innata en él, no obstaba para que transmitiera de forma comprensible los temas más abstrusos sin merma del rigor intelectual.

Formado en la tradición del realismo aristotélico, tras un escarceo sobre la estética de Wölflin, empezó como metafísico con estudios relacionados con la fenomenología, entre los que destaca su tesis doctoral sobre *El problema del ente ideal a través de Husserl y Nicolai Hartmann*, donde examina con suma claridad metafísica este complicado problema.

Filósofo creador vinculado, pues, tanto por formación como por autoconvencimiento crítico a la gran tradición escolástica, y al día en todas las corrientes del pensamiento, que contrastaba sobre todo con la fenomenología, es uno de sus principales representantes contemporáneos. Pero no fue un mero seguidor o defensor, un epígono, de la tradición aristotélico-tomista. Consistiendo su gran preocupación, su *leit Motiv*, en reinstaurar con firmeza el realismo filosófico en un momento en que era ya notorio lo que se ha llamado «la pérdida de la realidad» que aqueja al pensamiento contemporáneo bajo el imperio del materialismo, el positivismo, el existencialismo y las filosofías de la Nada, en suma, bajo el imperio del historicismo, no es casual que su segunda obra importante versara sobre la *Ontología de la existencia histórica*. En su tesis doctoral ya había reintroducido el concepto de *ens rationis*, prácticamente abandonado. Y, como para completar el círculo, en uno de sus últimos libros, su original *Teoría del objeto puro*, volvió sobre él para desbrozar la naturaleza de la irrealidad, el contrapunto de la realidad.

A mi entender, el pensamiento de Millán-Puelles sobre la realidad, sobre la verdad del ser, se desenvuelve entre esos dos polos: el primero, el pensamiento escolástico, en el que se movía con la mayor soltura, empezando por que el griego y el latín le eran tan familiares que los hablaba con facilidad con interlocutores doctos; el segundo, la fenomenología, en la que veía un gran instrumento para acercarse con seguridad a la realidad. Con estas armas abordó muchos más temas que los estrictamente metafísicos, pues nada le era ajeno y todo le interesaba.

Por otra parte, me atrevería a decir que el centro en el que gravita su pensamiento sobre lo real, que su *idée-mère*, su vía de acceso a la realidad, es el

difícil concepto de naturaleza humana. Concepto que el pensamiento moderno, oscilante, como ha mostrado recientemente Steven Pinker, entre el hombre máquina cartesiano y el buen salvaje de Rousseau, casi ha disuelto y con él, la idea de hombre y de realidad. El gran tema de la naturaleza humana está presente desde el primer momento en toda la obra de Millán-Puelles. Al enfrentarse con el historicismo para desbrozar el camino en *Ontología de la existencia histórica* ya había escrito: «el hombre tiene historia en cuanto que su ser, aunque sustancialmente permanente, tiene capacidad para el revestimiento de nuevas modalidades accidentales».

Jamás abandonó la naturaleza humana como idea clave. Está presente en toda su obra que, como su pensamiento, gira en torno a ella. La abordó continuamente en su dimensión individual y social. Citaré como ejemplos mayores el libro sobre *La formación de la personalidad humana*, que es una filosofía de la educación, y *La estructura de la subjetividad*, en el que, significativamente, subjetivo se refiere a la relación del hombre con lo real, como una subjetividad poseída por una logicidad que se trasciende a sí misma y que, lejos de medir al ser por ella misma, se deja medir por el ser. Pero al concepto de naturaleza humana tenía que darle una forma definitiva, de modo que no se quedase en ser un presupuesto. Necesitaba afirmarlo. Se diría que estuvo rumiándolo continuamente hasta que apareció, como culminación de su pensamiento, *La libre afirmación de nuestro ser*, una obra maestra sobre la naturaleza de la ética en la que se unen estrechamente el gran tema de la naturaleza humana y la gran preocupación de don Antonio por restaurar el realismo. Se subtitula precisamente *Una fundamentación de la ética realista*. Plantea así el problema: «La moralidad presupone la libertad, pero esta, a su vez, implica en el caso del hombre la fundamental distinción entre el yo humano y su naturaleza. Pues si este yo fuese idéntico a la naturaleza que el posee, se opondría a sí mismo cuando actúa libremente en disconformidad con ella, y tal oposición es imposible porque se habría de dar directamente entre el propio yo y él mismo en tanto que yo. Cabe, en cambio, escribe Millán-Puelles, que un yo se oponga a sí mismo de una manera indirecta, no en cuanto yo, sino en tanto que poseedor de una naturaleza determinada, que él no se ha conferido: es decir, en tanto que actúa libremente en disconformidad con ella.»

Otra de sus constantes era por consiguiente la libertad humana, y eso le llevó a ocuparse con rigor de filosofía social. Su discurso de ingreso en esta Academia, versó, precisamente, acerca de *La función social de los saberes liberales*. Y, asimismo, escribió al respecto *Persona humana y justicia social*, sobre *Universidad y sociedad*, *Sobre el hombre y la sociedad* y su importante y sugerente *De economía y libertad*.

Millán-Puelles ha dejado una obra ejemplar, cuyo valor aumenta en estos tiempos de ensayismo banal y elucubraciones sin horizonte, de predominio de lo abstracto sin fundamento sobre lo real y concreto. Uno de sus méritos estriba en haber sabido apartarse rotundamente del historicismo dominante sin rehuir la historia del pensamiento. Al contrario, uno de sus métodos, muy presente siempre en sus escritos, consistía en atenerse a los textos de los grandes autores clásicos para, estrujándolos, extraer de ellos nueva savia.

La realidad y la verdad son lo mismo, y como pensador nato y riguroso, siempre veía y miraba todo, inevitablemente, con los ojos del amigo de la verdad. Llamaba la atención de los oyentes por el vigor de su garra intelectual al abordar cualquier asunto: nada se resistía al bisturí de su penetrante y agudísima inteligencia, rigurosamente lógica y metafísica, siendo un placer escucharle meditar en voz alta sobre los temas más abstractos, o, simplemente, hacer un comentario sobre asuntos cotidianos o menores. Pues don Antonio, una potencia intelectual, poseía además el don de la palabra: su dominio del idioma era magistral, expresándolo con la gracia y la finura de la natural elegancia andaluza.

Quisiera subrayar empero en este momento, que, como persona pública, su figura se proyecta en otro aspecto no menos importante que el de pensador, el del cultivo, el de la siembra: don Antonio ha sido maestro de generaciones de españoles e hispanoamericanos, aunque también abundan los discípulos de otras tierras. Bastantes se encontraron con él por primera vez en sus clases. Muchos lo descubrieron a través de los famosos *Fundamentos de filosofía*, tantas veces reeditado. Otros, naturalmente, a través de sus libros y publicaciones o atraídos por su fama. Millán ha creado una escuela que se extiende por los dos continentes. Numerosos alumnos *ex auditu* y bastantes discípulos *ex lectione* son hoy brillantes filósofos y expositores del pensamiento filosófico o figuras relevantes en otros campos del saber, pues su magisterio se extiende a cultivadores de muy diversas disciplinas.

En lo personal, a su carácter afectuoso, siempre receptivo y predisuesto a orientar y ayudar, con una permanente disponibilidad para atender a cualquiera, unía un gran sentido del humor. Atraía por su jovialidad, por su alegría gaditana de vivir no exenta de una ironía escéptica, benévola, profundamente cristiana, que aplicaba a sí mismo. Su hondura metafísica no le impedía ser un gran conversador, sabiendo decir siempre la palabra oportuna y precisa. Relataba incontables anécdotas y hacía sabrosos comentarios a propósito de cualquier cosa, con un talento especial para ver el lado cómico de la vida. El tiempo se iba a su lado sin sentirlo. Con don Antonio hemos perdido un gran sabio, un gran filósofo, un personaje y, sobre todo, una gran persona.